



OPINIÓN

**ROSA PICOSITO**

## Tras la cirugía perdida

LOREA CANALES GONZÁLEZ

**M**i amigo el cirujano plástico me platicaba de su viaje a Nueva York. Me contaba de una cirugía en la que estuvo presente, era la quinta vez que le restiraban la cara a la paciente. “¿Qué edad tenía?” le pregunté.

“No sé, estaba muy lisa, la única forma de ver su edad es viéndole las manos,” me dijo.

“Pero cuarenta, cincuenta, sesenta...” insistí.

“Creo que setenta y seis,” contestó.

Pensé en aquel dicho que dicen los millonarios cuando les da por preguntarse el objetivo de acumular tanta riqueza: “Gana el que muera con más juguetes”. Me encanta, porque demuestra toda la absurdidad de la acumulación, ¿de qué sirve tener tanto? sirve para morir con más coches, yates, aviones, fábricas, esposas...

Con la paciente de la quinta cirugía, el dicho obtenía un matiz femenino: Gana la que muera con menos arrugas.

Fue en la preparatoria, cuando teníamos 16 y 17 años, que empecé a ver las primeras cirugías. Narices en su mayoría. Las narigonas se hicieron chatitas, algunas con nariz de pellizco (esas fueron las primeras), luego siguieron las de resbaladilla, por unos años se puso de moda las de bolita en la nariz. Las que la tenían ancha se la adelgazaron. Las que la tenían larga se la acortaron. Las que la tenían chuequita se las rasparon. A algunas les daba vergüenza y decían que era por la sinusitis. Otras lo hacían en el verano para que nadie las viera con los moretones en las ojeras. Si les preguntabas qué se habían hecho, te decían que igual era el nuevo corte de pelo o el bronceado. Las más valientes confesaban que nunca les había gustado su nariz, que tenían un gran complejo y que habían optado por cambiarla. ¿Y ahora sí te gusta? Nunca me atreví a preguntar.

Las operaciones de busto empezaron en carrera. Era un poco raro ver a las nuevas chichonas, pues en Monterrey de los años noventa, las chichis eran meramente ornamentales, nadie debía verlas ni, sobre todo, tocarlas; jamás antes del

matrimonio. Pero el look contaba y las irremediablemente planas, optaron por nuevas chichis.

Muchas se operaron una vez que consiguieron novio fijo (cerca del último semestre de carrera, cuando la urgencia por el marido era tremenda), otras se esperaron a que él se las pagara. Pues era lo lógico si iban a ser para su disfrute... Fue como entre los 23 a 25, que oí de las primeras liposucciones.

Ahora que ya casi todas tenemos hijos, hay un segundo *round* de operaciones. Metidas de panza, levantadas de busto. Hay consenso: una vez acabando con los hijos, una pasada por el quirófano es casi obligatoria. Me lo han dicho todas: la fea, la guapa, la linda, la inteligente.

Irónicamente, la única mujer que conozco que me ha expresado una opinión contraria es la que mejor cuerpo tenía. Era bailarina y famosa entre los estudiantes del Tec por su cuerpo. Me dijo: después de mi primer hijo tuve que reflexionar y decidir si quería hacer ejercicio, enflacar, volver a tener el cuerpo que tenía, y decidí que no, que tenía que asumirme diferente. Ya no soy la misma mujer de 18 años y no debo por qué tener el mismo cuerpo.

Yo, a las que se quieren operar las felicito, les digo que ellas van a tener las chichis de 2006 (ahora se usan más bien pequeñas y naturales), pero les advierto que en unos años podremos ver los nuevos modelos; Así como algunas se quedaron con la nariz de Joan Collins en “Dinastía” y otras con la nariz de Verónica Castro, otras más cambiarán de modelo cada cinco años y cuando tengan 76, estarán en su décima cirugía plástica. Les recuerdo que también se pueden esperar a los 76 para hacerse su primera cirugía, pues el juego consiste en que gana la que llegue a la tumba con menos arrugas (así le hacemos más fácil la labor a los gusanos). **¶**

**LOREA CANALES GONZÁLEZ**

Abogada, periodista y mamá.

Regiomontana, chilanga y ahora neoyorkina.